



OSCURIDAD CLARIDAD

AUTOR

Silvio Mattoni
(UNC/CONICET)

Cómo citar este artículo:

Mattoni, S. (2021). Oscura claridad. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 13, 53-56.

Artículo

Recibido 15/08/2021
Aprobado 18/10/2021

Supuestamente, para definir la oscuridad haría falta pasar por la luz, como su límite o su final. Según una antigua metáfora, hasta la mínima partícula de luz, una vela en el centro del espacio frío, casi infinito, puede derrotar la inmensidad de las tinieblas. También se ha dicho que el pensamiento ilumina o que encontrar la verdad sería como la contemplación de la luz. Ya el insistente Platón le hacía decir a Sócrates que lo verdadero era como un sol, que los cuerpos que percibimos son como proyecciones suyas en la pared de una cueva, y que había que salir a la luz para conocer algo no sujeto al desgaste y a la muerte.

Más cerca nuestro, la ciencia o el razonamiento se identificaron con “las luces”, como le dijeron los franceses a una época que los alemanes tradujeron como “ilustración” o “iluminación” o “esclarecimiento”, y que terminó siendo una especie de movimiento, un anhelo, el “iluminismo”. ¿Qué significa ese deseo de ser ilustrado? Según Kant, sería el momento en que se alcanza la mayoría de edad y uno puede decidir por sí mismo. Por eso la época moderna, que se nombra a sí misma, se encuentra en ese trance de llegar a su mayoría de edad, cuando podría decidir su destino: no hay dioses que elijan a reyes por nosotros, la revolución pretende hacer la historia autónoma de las poblaciones. Claro, y esto sigue siendo una metáfora, que las representaciones difieren la mayoría de edad y alguien más ilustrado, más luminoso, seguirá decidiendo qué hacer.

El engaño de las figuras de la luz, de todo iluminismo, estaría en su ocultamiento de las sombras. La luz cegadora difumina los cuerpos que sin embargo están presentes. Ninguna voluntad de elevar el alma hacia la luz del pensamiento, hacia las imágenes de lo permanente, ningún control racional de las acciones, podrán eliminar lo que se escapa de sus proyectos y de sus proyecciones. Nunca la luz de un saber determinado puede borrar el esplendor negro del no saber. ¿Y qué es lo más profundo que no se sabe? Acaso lo que no se representa en nosotros mismos, lo inaccesible que sin embargo somos, como un serpenteo invisible alrededor de lo que hacemos, decimos y olvidamos. Pero también, seguramente, porque no están hechos de luz sino de materia, los otros, silenciosos o hablantes a nuestro alrededor. La historia del iluminismo se olvida de los cuerpos, pero éstos existen, nacen y crecen, aparecen con más intensidad que los discursos deseosos de esclarecer su existencia.

Tal vez la poesía, más que una razón luminosa y sus pretensiones, sea la forma en que lo oscuro no deja de competir con lo iluminado y entonces en ella se haga visible algo de un modo que no entra solo por los ojos. En la oscuridad, se escucha mejor. Los oídos no tienen párpados. ¿Qué vemos cuando oímos, por ejemplo, leyendo, al poeta medieval Guido Guinizelli, fundador del “*dolce stil novo*” que va a definir Dante, en su estilo nuevo y dulce, en una lengua que se parece al habla de las madres susurrándoles a niños? Una canción suya, escrita hace setecientos años, dice:

La muy selecta que da gusto ver,
cuando aparece arreglada entre otras,
hace brillar toda la costa
y vuelve alegre lo que la rodea;
la noche, si aparece,
como el sol diurno produce fulgor;
así se aclara el aire,
cuando el día no atrae mucha envidia
porque él solo posee claridad
y ahora la noche igualmente lo empata.

Con esa aparición, la noche negra brilla de alegría, deja de ser el ámbito de las supersticiones y los miedos. Pues lo que atemorizaba, tal vez, a los que se suponía menores, a quienes todavía se les negaba la autonomía, la posibilidad de dictarse sus propias leyes, no era esa negrura, ese brillo en el reverso de toda luz, sino la inminencia de que pudiera romperse. De repente, una luz cegadora podía irrumpir, y quebrar con violencia esa suave costumbre de la oscuridad. Porque también en negro se escribe, como el reverso exacto de la noche: no sobre un campo oscuro con puntos de luz, como el cielo estrellado, sino en el alfabeto común, en tinta negra sobre el papel blanco, poniendo toques de noche en el vacío de un silencio demasiado puro. Quizá entonces, antes que proponerse el avance del iluminismo que saca de la minoría de edad, que deja atrás la inmadurez, justamente en lo oscuro que siempre retorna, como refugio o como reacción, como el nacimiento y el crecimiento de cada nuevo hablante, habría que ver una persistencia de lo inmaduro, la voz que vuelve a llamar de lejos, pero está en el tiempo. Así, se descartaría la culpa de no saber, y se afirmaría en cambio la resistencia a esas luces que culpabilizan. En cada mano que juega en la oscuridad, en la compañía de la noche más negra, se alzaría un cartel invisible, cuyo lema puede susurrarse porque se sabe de memoria: no avanzar, no saber, nada más que anhelar la aparición de una figura amada, que tampoco sabe nada, pero también susurra y brilla, oscuramente.



SOBRE EL AUTOR

Silvio Mattoni

silviomattoni@yahoo.com.ar

Se doctoró en Letras en la Universidad Nacional de Córdoba, donde da clases de Estética. Es investigador del CONICET. Publicó los libros: Koré (2000), El cuenco de plata (2003), El presente (2008), Bataille. Una introducción (2011), Camino de agua (2013), Muerte, alma, naturaleza y yo (2014), Música rota (2015), Tekhné (2018) y ¿Qué hay en escribir? (2021). Su diario Campus se editó en 2014. Tradujo libros de Bataille, Bonnefoy, Catulo, Pavese, Duras, Michaux, Ponge, Quignard, Marteau, Valéry, Mallarmé, Artaud, Desnos y Diderot, entre otros. Y publicó numerosos libros de poesía, los más recientes: Peluquería masculina (2013), El gigante de tinta (2016), Caja de fotos (2016), Tanatocresis (2018) y La buena suerte (2020). Recibió, entre otros, el Primer premio de Ensayo del Fondo Nacional de las Artes en 2007 y 2012, la Beca Guggenheim en 2004 y el Segundo Premio Nacional de Poesía en 2019.